

V a r i t é

Sobre mujeres, madres y niños

Lo que una madre transmite como mujer

El niño, entre la mujer y la madre



Sobre mujeres, madres y niños

En México, los meses de marzo, abril y mayo incluyen tres celebraciones que son universales en el mundo: el día internacional de la mujer, el día del niño, y el día de la madre, respectivamente. Resulta curioso que queda constituido así también en nuestro calendario, **El niño, entre la mujer y la madre**, al igual que el título de la ponencia de Jacques Alain Miller, que les hacemos llegar en esta *Varité*, conjuntamente con un trabajo de Silvia Elena Tendlarz*, **Lo que una madre transmite como mujer**. Textos que iluminan algunas cuestiones a propósito de estos temas tan fundamentales que, además, nos encontramos trabajando en *El cine, la ciudad y el psicoanálisis*, cuyo eje actual es *Sobre madres e hijas*.

Es sabido que el psicoanálisis ha echado por tierra la teoría de los instintos. A partir de la conceptualización de que el sujeto está determinado por el lenguaje - desde el momento en que hablamos -, la “naturalidad” queda perdida. Con los descubrimientos freudianos, la sexualidad ya no puede agotarse en la reproducción y la descarga instintual. No se trata de instintos, se trata de pulsiones — dice Freud. Ahora bien, así como el concepto de pulsión trasciende la condición de los instintos, respecto de la identidad sexual podemos decir que ésta tampoco encuentra una definición conforme a los datos biológicos del género. Hombre / Mujer no resultan así pues equivalentes al macho / hembra de los animales.

Entonces, retomando nuestro tema, si no hay instintos para el ser humano, pues tampoco podemos suponer un “*instinto maternal*”. Así las cosas, forzosamente, nos surge la pregunta **¿qué es ser madre para el psicoanálisis?**

En el texto de Silvia Tendlarz encontramos una minuciosa puntuación que recorre los distintos momentos de la conceptualización de Lacan, en la que de manera muy sucinta y clara desarrolla los aspectos teóricos más fundamentales, pero que en cierto modo convergen en la frase del título de su trabajo.

Por otra parte, Jacques Alain Miller ubica en su texto al niño en un espacio de “**división**”. Introduce ya desde el principio: el niño, “**entre**” la mujer y la madre. Y subraya en el final: *¿qué es lo que quiero que se recuerde de mi intervención? Que está bien, que es bueno que el deseo esté dividido, que el objeto no sea único. En segundo lugar, que el deseo no puede ser anónimo, ni universal, ni puro; no puede ser el deseo del “se desea”, ni el de Dios, ni el del pueblo, si el sujeto se ha de transmitir a través de las generaciones”*.

Al respecto, Silvia Tendlarz, habla de una transmisión, que se subjetiviza en el niño en su inclusión en una estructura clínica. Esa transmisión habla de la madre — que como sujeto, también atravesada por la falta, está implicada en tanto tal desde su posición como mujer. Dice en el texto *“la posición de una mujer respecto a la falta determina su modo de amar y su transmisión de la castración. Así, la “coyuntura dramática” en la que se incluye la maternidad en cada mujer, las particularidades de su historia, intervienen en su transmisión de la falta y en su incidencia en la subjetividad del niño”*.

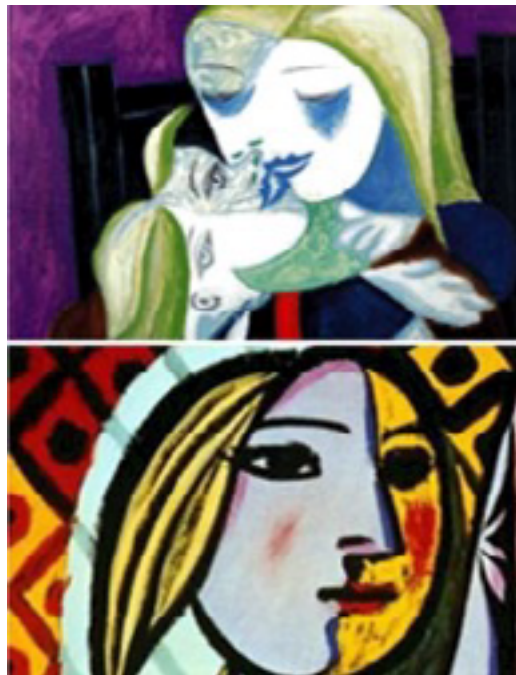
Hemos visto en los films — pero no por ello, algo distinto de lo que se escucha en el consultorio y de lo que sucede en la vida diaria de la relación madre/hijo, y especialmente madre/hija — cómo la condición sin límite de la demanda de amor de la mujer, particulariza el vínculo con su partenaire bajo la modalidad del estrago. El estrago femenino resulta así la otra cara del amor, que vuelve

como un síntoma de índice infinito tanto con su pareja amorosa como con el hijo. Tenemos la advertencia de Jacques Alain Miller, “es bueno que el niño no colme del todo el deseo de la madre”. Claro que un hijo aporta restitución narcisista, y satisfacción. Pero el amor materno por su estructura misma, puede llegar perversamente hasta la fetichización del objeto infantil - lo cual tiene sus consecuencias subjetivas.

Si bien el hijo tiene valor como sustituto fálico, podemos decir que, en la medida en que no haya quedado fijado como objeto del fantasma de la madre (y esto es gracias a la operación de la función del padre), dispone de una “movilidad” que resultará vital. “El niño, por su parte, está animado” - dice Miller -, y en tanto tal, no sólo colma sino que entonces, también, divide; lo cual le abre un margen para otras posibilidades.

Luego, habrá que ver cómo el Otro materno se lleva con la castración —, pero esto es otro punto.

Viviana Berger



** Silvia Elena Tendlarz, Analista Miembro de la Escuela (AME) de la Orientación Lacaniana. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). DEA y Doctorado en Psicoanálisis, Dpto. de Psicoanálisis, Universidad de París VIII.*

Lo que una madre transmite como mujer

Silvia Elena Tendlarz

¿Qué tiene de natural ser madre? ¿Alguna fuerza instintiva impulsa a ello? ¿Cómo ser una buena madre? La homologación freudiana entre madre y mujer —la equivalencia falo- niño le permite a la mujer recibir el falo añorado— es el punto de partida del tratamiento de estas cuestiones en el medio psicoanalítico.

En distintas oportunidades Lacan recurre a expresiones tales como el “sentimiento de maternidad” (“Los complejos familiares”, 1938); la “satisfacción natural e instintiva de la maternidad” *Seminario 5*, 1957—58); o el “instinto materno” (“Ideas directivas...”, 1960). En realidad, no hay nada menos natural e instintivo que ser madre. En cada caso Lacan lo sitúa en relación con la mediación simbólica.

En 1938, la maternidad queda asociada a la acción de la *imago* del seno materno —concepto mixto entre simbólico e imaginario— y su poder se explica por la inversión y la saturación del complejo del destete. En los años 50 Lacan sigue los pasos freudianos en forma original y explica cómo una mujer se vuelve madre a partir de la dialéctica fálica. Los matices de la relación de la madre con su niño tomado como objeto a se desarrollan en los años 60. Y finalmente, las fórmulas de la sexuación introducen un nuevo panorama en relación con la maternidad.

A partir de este recorrido intentaremos aprehender el efecto de transmisión por parte de una mujer que se subjetiviza en el niño en su inclusión en una estructura clínica.

1. La madre insaciable

Lacan presenta en el Seminario 4 un triángulo inédito hasta entonces. Rompe la pretendida armonía de la relación madre-hijo y afirma que la madre nunca está a solas con el hijo: entre uno y otro siempre está el falo. El niño cobra un valor fálico al identificarse con el objeto de deseo materno.

El cuarto término de esta relación es el padre. El falo aquí es definido como un significado, tiene un valor imaginario que se introduce en la metonimia del deseo de la madre.

A partir de la distinción entre castración, frustración y privación, Lacan ubica a la frustración como centro de la relación madre-hijo. Pero, añade Miller (“El falo barrado”, *Elucidación de Lacan*, 1998), aquí lo más importante es la frustración de la madre como mujer.

Lacan establece una secuencia que se inicia en la frustración imaginaria de un objeto real, el seno de la madre, cuyo agente es la madre simbólica. En este punto se establece cierta torsión a través de la cual la madre simbólica se vuelve real. La madre simbólica, que mediatiza la simbolización primordial a través del *Fort-Da*, frustra al niño de objetos reales. Cuando no responde a la llamada del niño aparece como una potencia real, fuera del juego simbólico, el objeto pierde su materialidad y la respuesta de la madre se vuelve un signo de amor. La frustración de amor polariza la situación. Lacan distingue así la frustración de goce (ligado al seno materno, objeto real) de la de amor (cuyo objeto es la presencia materna).



Detrás de la madre simbólica, añade Lacan, está el padre simbólico. La segunda operación planteada por Lacan es la privación real de un objeto simbólico, el falo, por acción del padre imaginario. El final de este recorrido es la operación simbólica de castración de un objeto imaginario por el padre real.

Lacan modifica ligeramente este planteo en el *Seminario 5*. En la frustración no solo se frustra al niño del seno materno sino también de la madre como objeto. El niño es frustrado de su objeto-madre y la madre es privada de su objeto, todo esto a través del padre, lo que opera a modo de castración. Esta privación deberá ser aceptada o rechazada por el niño, y esto determinará su posición en la estructura.

La madre atravesada por la falta no tiene como función primaria el cuidado o la atención del niño sino su devoración. La versión lacaniana de la madre no es que sea “suficientemente buena” como se podría esperar, sino, por el contrario, que es una fiera, esencialmente insaciable, amenazadora en su omnipotencia sin ley. Lo insaciable de la madre remite a su posición como mujer, a su tratamiento particular de la falta. Después de todo, la sustitución niño-falo no colma la falta y subsiste un resto de insatisfacción. Lo insaciable del *Seminario 4* aparece como voracidad en el *Seminario 5*. Dice: “La madre es una mujer a la que suponemos ya en la plenitud de sus capacidades de voracidad femenina...” (p. 212).

A través del examen clínico de la doble madre en Hans, en Leonardo da Vinci, y en André Gide, Lacan introduce en el *Seminario 41a* problemática acerca de qué transmite una mujer a través de su modalidad de ser madre. La madre del deber, la de Gide, toda madre, toda amor sin relación con la falta y el deseo, confronta al niño a un desdoblamiento de la figura de la madre (la del amor y la del deseo —su tía—) que se subjetiviza en su estructura perversa. La madre de Hans, figura devoradora que toma a su niño como fetiche, se desdobra con la abuela paterna que suple la deficiencia paterna. La fobia de Hans lidia con la falla simbólica hasta que logra una elaboración fantasmática que aloja su angustia.

En el *Seminario 5* Lacan se ocupa de la madre del futuro obsesivo. Pero aquí interviene ya el cuarto término, el padre, y lo que se juega es la articulación entre el padre y la madre en su relación como hombre y mujer. El excesivo amor de un hombre por su mujer, afirma Lacan, puede conducir a una posición de destructividad del deseo por parte de su mujer. El resultado se encuentra en la anulación del deseo del niño obsesivo y en su participación activa en esta destructividad.

“¿Qué fue para ese niño su madre...?, se pregunta Lacan en relación a Gide, y añade las distintas modalidades de amar sobremanera al hijo. El niño-falo André se incluye en la perversión. El niño-fetichismo Hans recurre a su fobia para producir la mediación que falta. El niño-cómplice en la destrucción del deseo construye su obsesión. En cada uno de estos casos la posición de una mujer respecto a la falta determina su modo de amar y su transmisión de la castración. Así, la “coyuntura dramática” en la que se incluye la maternidad en cada mujer, las particularidades de su historia, intervienen en su transmisión de la falta y en su incidencia en la subjetividad del niño.

2. El enigmático deseo de la madre

Lacan presenta la primera versión de la metáfora paterna en el *Seminario 5*: el padre sustituye a la madre en la medida en que ambos son tomados como significantes. El resultado de esta sustitución es atribuirle al falo el significado enigmático de las idas y vueltas de la madre. Lacan dice: “¿Qué es lo que quiere, ésa? Me encantaría ser yo lo que quiere, pero está claro que no sólo me quiere a mí” (p. 179). Introduce así de entrada una distancia entre el objeto de deseo, el falo, y el niño, que llevará a que el niño se identifique con el falo. Esta distancia traduce el no recubrimiento total entre el falo imaginario y el niño. La madre como mujer guarda un deseo que excede a su hijo; esto retorna en la subjetividad del niño como el enigma del deseo del Otro.

La madre opera de distintas maneras en los tres tiempos del Edipo. En el primer tiempo, como una ley incontrolada y omnipotente que a la vez mediatiza la simbolización primordial. El niño se identifica con el objeto de deseo de la madre. Pero este deseo guarda la ambigüedad de que, por un lado, está fuera de la ley de padre, pero, por otro lado, actúa bajo la égida de la castración de la madre que antecede a su maternidad. En el segundo tiempo, el padre priva a la madre de su objeto: se instaura así la prohibición del incesto dirigida al niño y la de reintegrar su producto (devorarlo) dirigida a la madre. Vale decir, no basta con la subjetividad previa de la madre, es necesario que consienta a ser privada de su objeto por el padre y que este consentimiento sea subjetivado por el niño. En el tercer tiempo el padre debe sostener su promesa fálica para la asunción de la posición sexualizada del niño. Esto reinstaura al falo como objeto deseado por la madre y no solo un objeto que el padre puede privar (p. 199).

En la “Cuestión preliminar...” Lacan presenta una nueva versión de la metáfora paterna en la que la madre funciona en un primer tiempo a través de su deseo sin ley que se escribe como DM —en mayúscula, diferenciándolo así del deseo—, pero que luego se articula al significante del Nombre del Padre. Lacan enfatiza la importancia de visualizar cómo la madre hace caso de la palabra del padre, de su autoridad, “...del lugar que ella reserva al Nombre-del-Padre en la promoción de la ley” (p. 560).

Miller, en su comentario del *Seminario 5*, señala que el tercer tiempo del Edipo femenino Lacan lo distingue totalmente de la maternidad y allí sitúa el surgimiento de la “verdadera mujer”.

Desde la perspectiva de la niña, se instaura en este tiempo su dirección al hombre y su particular posición femenina. La maternidad queda articulada a la privación del segundo tiempo en tanto que involucra la subjetivación de la castración más que a su identificación sexualizada. Madre y mujer quedan así diferenciadas, a la vez que se articulan al final del recorrido.

A partir de la segunda mitad del *Seminario 5* el falo deja de ser un significado y se vuelve el significante del deseo, acentuándose así su valor simbólico. Lacan utiliza entonces la dialéctica fálica de ser y tener el falo en el tratamiento de la relación entre los sexos. Hombres y mujeres, al confrontarse con la falta en ser el falo deseado por la madre, encuentran su solución en su atravesamiento por los tres tiempos del Edipo.

Por otra parte, dice Lacan, las mujeres encuentran su satisfacción por vía sustitutiva: en primer lugar el pene (involucra la relación al hombre) y luego a través del niño en donde obtiene la satisfacción “instintiva” de la maternidad. Como lo hemos indicado ya, la sustitución implica una operación simbólica que hace caer el poder del instinto. En “Ideas directivas...” Lacan retoma sus preguntas relativas a las consecuencias sobre el niño del amor de la madre y se pregunta si la mediación fálica drena todo lo pulsional de la mujer, en particular, el instinto materno.

El concepto de frustración sufre una transformación: como demanda se distingue de la necesidad y del deseo. La demanda de un hijo toma así el relevo pero no como una reivindicación fálica —aunque podría llegar a serlo— sino articulada a la castración y a la falta. En realidad, la teorización de la dialéctica fálica permite entender las peripecias de la vida amorosa, pero deja abierta la pregunta acerca de la incidencia de la posición femenina en la maternidad en tanto que queda reducida a una respuesta a la demanda fálica. Un paso más se vuelve necesario, y Lacan lo lleva cabo a partir de su introducción del objeto a.

3. El objeto de la madre

En “Ideas directivas...” Lacan comienza a presentar un goce fuera del dominio fálico en las mujeres aunque aún no esté formalizado como tal. Años después, especifica que el deseo de la mujer está dirigido por su pregunta acerca de su goce y que, a diferencia del hombre, posee un lazo más laxo con la castración y el deseo. Sitúa una disimetría: la mujer ocupa para un hombre el lugar del objeto a en la medida que consiente a su fantasma para producir su deseo; pero la mujer como madre encuentra su objeto a en sus hijos.

Se abre así la clínica que concierne a la relación de las mujeres como madres ya no con el falo sino con el niño tomado como objeto causa del deseo. El fantasma de la madre como sujeto antecede lógicamente a la posición del niño en la estructura. El niño puede encontrarse en distintas posiciones en tanto objeto a de la madre y situarse en la neurosis o en la psicosis. Puede ser mediatizado por el objeto transicional, fuente de las equivalencias; quedar expuesto a todas las capturas fantasmáticas maternas por falta de mediación paterna; o volverse un objeto real como para la madre del esquizofrénico durante el embarazo, condensador de goce, que realiza la presencia del objeto a en el fantasma materno, y al hacerlo, obtura la castración materna y sutura su falta como mujer aportándole un complemento de ser.

Cuando interviene la articulación de la pareja conyugal el niño ocupa el lugar del síntoma —solidario de la neurosis—, que implica la presencia de una madre atravesada por la falta

dé lugar al significante del Nombre del Padre, y de un padre que vectorice la transmisión de un deseo que no sea anónimo.

En "R.S.I." Lacan establece que la posición disimétrica entre la mujer y el hombre en tanto padres determina la posición reservada al niño. El hombre debe hacer de la mujer la causa de su deseo para asegurar una versión del padre (padre-versión), que no se limite a la transmisión del falo en la metáfora paterna a partir del Nombre del Padre sino que dé una versión de lo que es el objeto a. La mujer, por el contrario, se ocupa de otros objetos a que son los niños, sin por ello cristalizarlos en su fantasma como objetos de goce sino desde una estrecha relación con la falta. La temática de la madre se desplaza así del amor —qué efectos tiene su amor sobre el hijo— a la del deseo y el goce —qué lugar tiene en su deseo y cómo se articula a su goce—.

4. La Mujer no existe, las madres sí

La teorización de las fórmulas de la sexuación introduce nuevas consideraciones relativas a la maternidad. Lacan indica que es imposible construir un universal femenino, por lo que "La Mujer" no existe. Esta formulación es solidaria a la de "no hay relación sexual". En cambio, existe una relación particular de las mujeres con su goce que va más allá del falo.

Las mujeres en tanto madres se inscriben de distintas maneras en la repartición sexuada.

El primer aspecto concierne a la madre que el hombre ve en la mujer. El hombre, como significante, entra en la relación sexual como castrado, es decir, relacionado al goce fálico. En cambio, Lacan afirma en el *Seminario* 20 que la mujer entra en la relación sexual como madre (p. 47), que en las mujeres predominan los caracteres secundarios de la madre (p. 15), que para el hombre la madre contamina a la mujer ("Televisión"). Acentúa así que desde donde la ve el hombre la mujer no existe más que como madre por la incidencia edípica (p. 119) prototipo del objeto primordial que la vuelve causa de deseo.

En segundo lugar, en la medida en que la maternidad está relacionada con la castración, la mujer como madre queda situada, paradójicamente, del lado masculino de las fórmulas en tanto igualmente sujeta a la función fálica. La salida femenina de la maternidad se entrecruza así con la posición masculina, y desde el falo y como sujeto se dirige al objeto a que es el niño.

La tercera cuestión concierne al goce suplementario. Un mujer "no-toda" presenta la duplicidad entre el goce fálico y el goce suplementario que se sitúa del lado del S(A) barrado. Al mismo tiempo que se dirige al hombre en busca del falo añorado encuentra un tapón a su no-toda en el objeto a que constituye su hijo. Dice Lacan: "... el goce de la mujer se apoya en un suplir ese no-toda. Para este goce de ser no-toda, es decir, que la hace en alguna parte ausente de sí misma, ausente en tanto sujeto, la mujer encontrará el tapón de ese a que será su hijo" (p. 47).. De esta manera, la maternidad se vuelve una forma de suplencia a La Mujer que no existe, funciona como tapón del no-toda.

Desde la posición de no-toda la mujer vehiculiza en la maternidad algo de su goce suplementario. Freud abordó esta cuestión en términos del "odio de la madre", con la ambigüedad que comporta el genitivo: hacia la madre y de la madre al hijo, fuente del sentimiento de persecución en la niña. Lacan encara primero este resto de "pasión mala" en términos de "insaciabilidad", "voracidad materna", "Deseo Materno" (voluntad sin ley), y finalmente, junto a la

teorización acerca del goce, en términos de "estrageo": ya sea con la imagen acuciante del cocodrilo dispuesto a cerrar sus fauces (*Seminario* 17, p. 18) o del estrageo particular en la relación madre-niña. Cada uno de estos términos implica un más indeterminado hacia lo mejor o lo peor.

Pero el estrageo no se sitúa solo del lado del odio sino también del lado del amor, puesto que en la medida que una mujer ama desde su posición de no toda, la dialéctica amorosa con su hijo queda matizada por su posición más allá del orden fálico. En cada oportunidad, la mediación fálica y la dirección al hombre se impone para acotar el exceso y limitar los desvaríos. J.-A. Miller, en *El hueso de un análisis*, indica que la demanda de amor de una mujer se dirige a la falta del Otro, y lo hace desde lo ilimitado de su goce, desde su no toda que comporta un carácter absoluto y una tendencia al infinito. Esta demanda de amor así estructurada retorna con la forma del estrageo por parte de la pareja. De esta manera, el estrageo es la otra cara del amor que vuelve como un síntoma de índice infinito, y no como la localización que caracteriza a la mujer como síntoma para un hombre. Estas consideraciones son también pertinentes a la relación madre-hijo, y a cómo se sitúa el niño en la relación de una mujer con su pareja, en la medida en que hace intervenir la parte mujer de la madre y lo que interviene del goce suplementario en el amor.

Para concluir

Así como no es posible construir un universal de las mujeres, tampoco es posible determinar cómo ser madre. Una por una, cada mujer se sitúa frente a la maternidad por la aceptación o por el rechazo; como madre del deber o del deseo dentro del régimen fálico; por su amor o por su odio; desde una posición masculina o femenina; como en empuje al toda madre o por su no-toda como mujer que repercute en su ser madre.

Las posibilidades se multiplican e inciden en la inclusión del niño en la estructura de acuerdo a su particular posición frente a la falta. Una división del deseo se impone (J.-A. Miller, "El niño, entre la mujer y la madre"): el objeto niño no debe ser todo para el sujeto madre, sino que debe encontrar el significante de su deseo en el cuerpo del hombre para situar al niño frente a la castración. La maternidad como versión de la feminidad, como suplencia, no obtura el ser mujer, y su dirección al hombre asegura que no se produzca este recubrimiento.

De esta manera, madre y mujer se entrecruzan dejando abierto un espacio cuyos límites se irradian hacia lo que resta aún de enigmático de la sexualidad femenina.

El niño, entre la mujer y la madre

Enric Berenguer

El lema de este coloquio — elegido por François Ansermet de un abanico cuya variedad desplegué ante él, a partir de sus sugerencias en el curso de una entrevista, una más, que su entusiasmo sabe suscitar— se autoriza en El *Seminario 4* de Jacques Lacan 1. El título de este seminario constituye una especie de mancha en la sucesión de los llamados seminarios, porque es, creo, el único que enuncia un concepto, la *relación de objeto*, tomado de ese conjunto de doctrinas de los alumnos de Freud que se puede designar como la “vulgata posfreudiana”, y se trata de una expresión recusada formalmente por Lacan, aunque la convierta en el título del Seminario.

Sin embargo, este título del Coloquio concierne al nervio de la demostración desarrollada por Lacan en su Seminario. El centro de esta demostración es que el objeto no encuentra su justo lugar en psicoanálisis salvo si se ordena con la función de la castración. Y ésta es la dimensión desconocida tanto en la vulgata posfreudiana como en la observación del niño, por ejemplo en el terreno de las interacciones madre-hijo, práctica bastante frecuente hoy día, creo, en Lausanne.

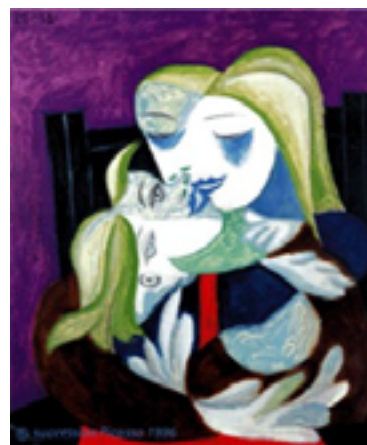
Así, la demostración de Lacan procede sucesivamente en tres tiempos, se desarrolla en tres escansiones en el Seminario. La demostración de que el objeto sólo encuentra su lugar adecuado si se ordena de acuerdo con la función de la castración, pasa, en primer lugar por la homosexual femenina, en quien las consecuencias de la decepción debido a la falta del don paterno del objeto niño como sustituto de la falta fálica llegan a hacer de la mujer, objeto electivo de un amor que da una lección al padre. Es la demostración, por parte de Lacan, de que el amor de la joven homosexual por la mujer es un amor que le da al padre una lección, le enseña cómo se puede, cómo se debería amar a una mujer.

En segundo lugar, la perversión masculina, en la cual el objeto fetiche se presenta como dibujado sobre la pantalla que vela al falo que le falta a la mujer.

El tercer tiempo de la demostración de Lacan es la fobia infantil, ilustrada con el caso de Inceps de Freud, el de Juanito, y hacia este tercer tiempo convergen los dos anteriores: la sustitución del niño por el falo, evidenciada en la psicogénesis freudiana de la homosexualidad femenina, y la identificación del niño varón con el objeto imaginario del deseo femenino.

En mi opinión, la lección de El *Seminario 4* es que algo permanece ignorado cuando uno se hipnotiza con la relación madre-hijo, concebida bajo una modalidad dual, recíproca, si ustedes quieren, como si madre e hijo estuvieran encerrados en una esfera. Lo que permanece ignorado en este caso no es solamente la función del padre. Se sabe que Lacan aportó, además, que había que interesarse en el padre. Eric Laurent y yo mismo fuimos a la Tavistock Clinic hace una decena de años y nos acogieron diciendo: “¡Ah! ¡Lacanianos! Nos van a hablar del padre”. Así es como nos presentaron, como los que “iban a hablar del padre”.

Ahora bien, creo que la lección de este Seminario es que lo que permanece ignorado al hipnotizarse con la relación madre-hijo no es sólo la función del padre, cuya



incidencia sobre el Deseo de la Madre es, sin duda, necesaria para permitirle al sujeto un acceso normalizado a su posición sexuada. Es también que la madre no es “suficientemente buena”, para retomar la expresión de Winnicott, si sólo es un vehículo de la autoridad del Nombre del Padre. Es preciso, además, que para ella “el niño no sature la falta en que se sostiene su deseo”. ¿Qué quiere decir esto? Que la madre sólo es suficientemente buena si no lo es demasiado, sólo lo es a condición de que los cuidados que prodiga al niño no la disuadan de desear como mujer. O sea —por retomar los términos de Lacan en su escrito “La significación del falo”— no basta con la función del padre. Todavía es preciso que la madre no se vea disuadida de encontrar el significante de su deseo en el cuerpo de un hombre.

La metáfora paterna, con la que Lacan transcribió el Edipo freudiano, no significa sólo que el Nombre del Padre deba poner bridas al deseo de la Madre a través del yugo de la Ley. La metáfora paterna remite, en mi opinión, a una división del deseo que impone que, en este orden del deseo, el objeto niño no lo sea todo para el sujeto materno. Hay una condición de no-todo: que el deseo de la madre diverja y sea llamado por un hombre. Y esto exige que el padre sea también un hombre.

Así, no dudaré en parodiar aquí la réplica inmortal del Tartufo de Moliere, dándole su marca personal al sujeto de la enunciación hipócrita que se esconde en el anonimato del impersonal: “No por ser madre soy menos mujer” 2.

En consecuencia, es una división del deseo la que, llevada al extremo, conduce al acto de Medea 3, ese acto que ilustra perfectamente, aunque de una forma que causa horror, que el amor materno no se basa sólo en la pura reverencia a la ley del deseo, o que se sostiene en ella únicamente a condición de que en la madre haya una mujer que siga siendo para un hombre la causa de su deseo. Así, pues, quizás cuando Jason se va, Medea deja de estar en esa posición.

Destacar el valor del niño como sustituto fálico, su valor de *ersafiz* 4, en términos de Freud, puede extraviarnos si conduce a promover de forma unilateral la función colmadora del hijo, pues nos hace olvidar que éste no es menos causante de una división entre madre

y mujer en el sujeto femenino que accede a la función materna.

Así, el niño no sólo colma, también divide, y esto es lo que destaca el título del coloquio. Que divida es esencial. Ya hemos dicho que es esencial que la madre desee más allá del hijo. Si el objeto niño no divide, entonces, o bien cae como un resto de la pareja de los genitores o bien entra con la madre en una relación dual que lo soborna — para retomar el término de Lacan— al fantasma materno.

Se puede hacer, pues, una distinción muy fácil: el niño, o colma o divide. Las consecuencias clínicas de esta distinción son patentes. En las “Notas a Jenny Aubry” 5, Lacan establece una división en la sintomatología infantil, según que esté relacionada con la pareja o se inscriba de forma prevalente en la relación dual madre-hijo. Hay dos grandes clases de síntomas, tal como los presenta Lacan: los que están verdaderamente relacionados con la pareja y los síntomas que, ante todo, están en la relación dual del niño y la madre.

En primer lugar, el síntoma del niño es más complejo si se debe a la pareja, si traduce la articulación sintomática de dicha pareja. Pero también, por el mismo motivo, es más sensible a la dialéctica que puede introducir la intervención del analista. Cuando el síntoma del niño proviene de la articulación de la pareja padre-madre, está ya plenamente articulado con la metáfora paterna, plenamente atrapado en una serie de sustituciones y, por consiguiente, las intervenciones del analista pueden alargar el circuito y hacer que esas sustituciones se desarrollen.

En el segundo caso, por el contrario, el síntoma del niño es mucho más simple si esencialmente se deriva del fantasma de la madre, pero entonces, además es un síntoma que bloquea, y en el límite se presenta como un real indiferente al esfuerzo por movilizarlo mediante lo simbólico, precisamente porque no existe la articulación presente en el caso anterior. Y cuando el síntoma es “blocal”, en él se lee sin dificultad cuál es el deseo del propio sujeto. En lo que a esta segunda modalidad se refiere, en las notas que hemos mencionado, Lacan toma como ejemplo el síntoma somático.

Alexandre Stevens recordaba que me referí a este texto en el seminario de DEA, y he de decir que debo publicarlo de nuevo, porque en realidad se trata de una ún/canota. Cuando Jenny Aubry tuvo la bondad de traerme esos papeles, no eran dos hojas bien escritas... sino pedazos de papel que Lacan había rasgado. Ella me entregó los dos pedazos y me dijo: “Lacan me dio estos dos papeles”. Así que tal vez quedé algo sugestionado y los vi, los estudié, como dos notas. Es evidente que constituyen un solo texto. Y, en efecto, el texto empieza en la nota número dos y sigue con el texto de la nota uno —es un sólo texto, que tiene su coherencia.

El ejemplo de Lacan es el síntoma somático. Y muestra que, en primer lugar, el síntoma somático del niño alimenta en la madre neurótica el motivo de la culpabilidad; que en segundo lugar la perversión que quizás marque su deseo se traduce en la fetichización del síntoma infantil; y, en tercer lugar, que en los casos de psicosis de la madre, se ve como el síntoma somático del niño encarna su forclusión.

Decía hace un momento “el niño colma o divide”. Cuanto más colma el hijo a la madre, más la angustia, de acuerdo con la fórmula según la cual lo que angustia es la falta de la falta. La madre angustiada es, de entrada, la que no desea —o desea poco, o mal— como mujer.

Se les suele negar la perversión a las mujeres, porque la clínica reserva a los hombres la alienación de su deseo o la encarnación de su causa en un objeto fetiche. Pero eso sería no ver que la perversión es, en cierto modo, normal por parte de la mujer: es lo que se llama amor materno, que puede llegar hasta la fetichización del objeto infantil. Resulta conforme con la estructura que el niño, como objeto de amor, no pida sino asumir la función de velar la nada que es, cito, “el falo en tanto que le falta a la mujer”.

Sin duda, el niño, aunque esté fetichizado, se distingue del objeto a del fantasma por el hecho de que el niño, por su parte, está animado, mientras que el objeto a del fantasma es, por excelencia, inanimado.

Pero la expresión “marioneta de la madre” —letanía de cierta mujer neurótica en análisis— permite ver perfectamente en qué sentido la animación del niño es compatible con su fetichización, pues si de algo sufre todavía esa mujer, muchos años más tarde, es de haber sido una especie de niño fetiche de su madre. Por supuesto, aunque fuese un fetiche, era un fetiche normal, y la relación del amor materno, por muy teñida de ilusiones que estuviera, ilusiones que se prestaban a bromas por parte de su entorno, se distinguía por una estabilidad completamente a salvo de las vacilaciones imaginarias de la perversión propiamente dicha.

Pero el niño tan sólo es el “fetiche normal”, entre comillas, del que hablaba, a condición de que el deseo materno se inscriba en su norma macho, que en este caso no es distinta de la estructura propia de la sexuación femenina que Lacan aisló como el no-todo. El fetiche infantil sólo es normal si el niño no lo es todo para el deseo de la madre.

Basta con remitirse a la estructura de serie que engendra el no-todo para captar la razón fundamental que da a la posición de hijo único lo que llamaré su carácter azaroso, o difícil. Pero moderemos esta afirmación diciendo que, a menudo, resulta que la unicidad del hijo único sólo es aparente y el padre hace méritos para el título de hijo de la esposa.

Pero esta posición es tal vez menos problemática que la de ser, dentro de una fratría numerosa, el único objeto de la dilección materna. Los estragos subjetivos que pueden derivarse de esta elección materna única en un niño van mucho más allá que los producidos por la negligencia de la mujer que trabaja, considerada por cierto número de políticos, tanto en Francia como en otros lugares, como una grave amenaza para la familia.

En cuanto al caso de la madre adúltera, el síntoma de la pareja repercute habitualmente en el hijo varón, mientras que, según he podido observar, es mucho más llevadero para la hija.

Para terminar, volvamos de nuevo, brevemente, a El *Seminario* 4. Lacan empieza situando la posición del niño con respecto al falo, que califica todavía de objeto en este seminario —antes de hacer de él el significante del deseo. Nada impide, sino que, por el contrario, todo invita a transcribir la equivalencia freudiana del niño y el falo en términos de metáfora (estoy resumiendo). La metáfora infantil, como se la podría llamar, puede inscribirse como consecuencia de la metáfora paterna. Y se ve bien por qué amenaza con convertir en triunfo al falo del lado de la mujer, y, en segundo lugar, atornillar al sujeto a una identificación fálica. Tanto es así, que Lacan podía hacer del deseo de ser el falo la fórmula constante del deseo neurótico.

Hay que decir, en consecuencia, que la metáfora infantil del falo —o sea el hecho de que

el niño sea el equivalente del falo, o el deseo, el Wunsch de niño, el Wunsch de pene, según Freud— puede satisfacerse siendo sustituida por el deseo de niño. Hay que decir que la metáfora infantil del falo sólo es lograda cuando falla. Sólo lo es lograda si no atornilla al sujeto a una identificación fálica y, por el contrario, le da acceso a la significación fálica en la modalidad de la castración simbólica, lo cual requiere que se preserve el no-todo del deseo femenino. No basta con el Nombre del Padre y el respeto por el Nombre del Padre. Es preciso, además, que se preserve el no-todo del deseo femenino y, por lo tanto, que la metáfora infantil no reprima en la madre su ser de mujer.

En este punto es donde, con Lacan, hemos de completar a Lacan. En su célebre artículo “La significación del falo” 6, que transcribe los estudios de Freud sobre la vida amorosa, Lacan asigna a la función masculina la divergencia del amor y del deseo, y al lado mujer le asigna la convergencia del amor y el deseo. Pero también advierte que la convergencia femenina es compatible con un desdoblamiento del objeto, un desdoblamiento del ser del hombre, al cual divide en su posición de falóforo suscitando o exigiendo su amor. Esto tiene como efecto hacer que el hombre esté en falta, al exigírsele que dé algo que él no tiene.

¿Cómo no completar en este punto esta construcción de Lacan, añadiendo, a la convergencia del deseo femenino —con respecto al cual Lacan admite, sin embargo, una especie de desdoblamiento interno en la posición del hombre— la divergencia que introduce precisamente el amor del hombre cuando se convierte en pretexto para la intrusión del hijo en la pareja conyugal? Se trata de la divergencia del deseo femenino hacia el niño. Así, pues, hay que completar lo que Lacan dice en “La significación del falo” con la consideración del hijo, que introduce, hace presente una divergencia flagrante del deseo femenino.

Es decir que, en este sentido, la función viril sólo se realiza en la paternidad si ésta es consentimiento a que esa otra sea Otra, es decir, deseo fuera de sí. La falsa paternidad, la paternidad patógena — veámosla en el padre del presidente Schreber— es la que lleva al sujeto a identificarse con el Nombre del Padre como universal del padre, para tratar de convertirse en vector de un deseo anónimo, para encarnar lo absoluto y lo abstracto del orden.

La función feliz de la paternidad es, por el contrario, realizar una mediación entre las exigencias abstractas del orden, el deseo anónimo del discurso universal y, por otra parte, lo que se deriva para el niño de lo particular del deseo de la madre. Es lo que Lacan llamó con un término que por mi parte he destacado, sin llegar a situarlo exactamente, pero creo que ahora lo he conseguido: se trata de lo que alguna vez llamó “humanizar el deseo”. Decía que es preciso que el padre humanice el deseo, y creo que en este punto he captado y he desarrollado lo que quiere decir esta expresión, cuyo peso me parecía evidente.

A falta de admitir lo particular del deseo en el otro sexo, el padre aplasta en el hijo al sujeto bajo el Otro del saber. Por eso el padre, el falso padre, obliga al hijo a encontrar refugio en el fantasma materno, el fantasma de una madre negada como mujer.

Concluyo. Ayer verifiqué que lo que se recordaba de las ponencias presentadas era una impresión global en la que flotaban uno o dos enunciados naufragados. Bueno, era una impresión de cocktail, y los amigos con quienes hablé no me desmentirán. Así, ¿qué es lo que quiero que se

recuerde de mi intervención? Que está bien, que es bueno que el deseo esté dividido, que el objeto no sea único. Que si celebras los ojos de Elsa, es para que no te vean ligar disimuladamente con los jovencitos. Que si haces de tu hombre un dios, es sólo para castrarlo mejor —y eso no es amar como es debido.

En segundo lugar, que el deseo no puede ser anónimo, ni universal, ni puro; no puede ser el deseo del “se desea”, ni el de Dios, ni el del pueblo, si el sujeto se ha de transmitir a través de las generaciones. Y el deseo del analista, por muy normativizado que esté, tampoco puede ser un deseo anónimo, universal y puro.

1. Jacques Lacan, *El Seminario, Libro 4, Las relaciones de objeto*, Barcelona, Paidós, 1994.

2. Molière, *El tartufo*, acto 3. escena 3.

3. Se refiere al asesinato de sus hijos por parte de Medea, como venganza al ser abandonada por Jasón.

4. Ersatz, en alemán, “sustituto, compensación”.

5. Véase *El Analítico*, No. 3, *Paradiso/Correo*, Barcelona, 1987.

6. Jacques Lacan, “La significación del falo”. *Escritos, México, Siglo XXI editores*, 1988, p. 673-75.